trastrueca y muda el nombre, como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote acomodo y arreglo á la escena española.—Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro.)—Yo le diré á V. (me contestó), ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *tutti* dramático descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles, que hacen olvidar el dicho coro infernal.

### EPÍLOGO.

No concluiriamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma;—*El cortesano*, que ántes adulaba á los reyes, sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno;*—el *devoto* se ha convertido en *humanitario;*—el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota;*—el *historiador* en *hombre de historia;*—el *mayorazgo* en *pretendiente,*—y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano.*—Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán, como los otros, á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos..... ¿Quién reirá el último?

El Curioso Parlante.

# TENGO LO QUE ME BASTA.

*«Le peu qu'on travaille c'est pour parvenir à ne rien faire; ne rien faire est ici le bonheur.»*

Dupati.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca aficion al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros, á la falta de estímulo y galardon; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion, sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los es-

pañoles, cualidad excepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa?—¿Será acaso nacida de virtud ascética, que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion, que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echarémos de ver que hay algo de todo; algo de virtud, de filosofía y de bienestar.—Me explicaré.

Hay algo de virtud; porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumision á otro sér que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creemos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía; porque filosofía es la moderacion de los deseos y la tranquilidad del ánimo; la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible; el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y áun á la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades más avanzadas ó más codiciosas, los hombres se agitan contínuamente para llegar á aumentar



la serie de sus goces, que muy luégo convierten en otras tantas necesidades.—Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga más regalada su existencia;—cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso;—hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigilias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad;—hay, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del país, dominar sus destinos é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á más grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *más allá* que extienda el círculo de sus satisfacciones, que les haga dejar atrás á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar, sin embargo, grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion.—A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulsos del vapor; la vanidad, que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transformar en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio y el orgullo, que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las más exiguas necesidades; veréisla convertirse muy luégo en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo, en que sólo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de San Bruno: «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo qué yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que más, trate de exagerar hasta este punto su indiferente apatía, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos;—pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aún bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continúen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí.—A ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas, que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad;—responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador;—responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un nuevo artículo de los que ántes nos abastecia el extranjero;—responderán, en fin, algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en un solo dia, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las



nuestras aquella apatía ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquéllas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*», que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir más halagüeño.

*¡Tengo lo que me basta!* esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio; podria habitar una casa más cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

*¡Tengo lo que me basta!* exclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer más; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

*¡Tengo lo que me basta!* prorumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon, que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

*¡Tengo lo que me basta!* replica el mezquino mercader no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que

le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos, por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso, en fin, no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del país.

*¡ Tengo lo que me basta!* repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

*¡ Tengo lo que me basta!* claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

*¡ Tengo lo que me basta!* prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

*¡ Tengo lo que me basta!* decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia del hidalgo castellano.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Búrgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su país natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se extendia ó no más allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores; unas viñas y tierras de pan llevar, un ca-



ballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compas á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto más, cuanto ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya de edad proporcionada y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte que, no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesiæ* aquella pacífica union;—quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos y á sembrar la consternacion en aquellos corazones, que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor Alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la Comision de agravios la correspondiente excepcion;—no hubo remedio;—el abogado cobró sus derechos; la Comision hizo su agravio, y su merced el Alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguiente, y por ser el que más falta hacía en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entón-

ces que más que á su sino lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para hacerse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la majestad reinante; ya, en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fe al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla.—En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luégo tan buen lugar en la opinion de sus jefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores, llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitan.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse más y más patentes su valor é inteligencia, y ya todos los jefes veian un digno sucesor en el capitan Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse, aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la extremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar, despertando sus ideas de reposo y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su país natal.

—«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitan; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares..... ¿A qué engolfarme más y más en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho, ó de una injusticia que me envenene el corazon? —Alto allá, osados deseos; dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y..... *Tengo lo que me basta;* dejemos el resto á los que vienen detras.»



Y con asombro de sus jefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid, en quien reposaba más de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia.—Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de otro hidalguete de las cercanías, y de su escasa fortuna, en fin, apénas quedaba sombra ya.

Reflexionó entónces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio, donde tan prósperamente le sonreia la fortuna.—Consideró, sin embargo, que á los veinte y seis años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquélla, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino, su entendimiento despejado y su exquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.—Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que hablaban de futuros adelantamientos:—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz; *tengo lo que me basta;* dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son, por consecuencia, harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya.—El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo equivale á quedarse atras.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema; y parapetado (parecíale á él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete; ni leia las declamaciones periodísticas; ni daba alguna vuelta por las antesalas de la córte; ni tenía esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vese por lo dicho que nuestro hombre era más propio para los tiempos añejos y poco ilustrados, en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social;* y déjase inferir que, á pesar de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado, como otros miles, al inmenso *panteon.*



Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse más enérgica, como para desmentir la parálisis á que se quiso sujetarla.

Así ni más ni ménos sucedió á nuestro jóven ex-administrador; por lo que, en vez de trabajar de nuevo con sus jefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la víctima de un partido y órgano natural de otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para extender sus especulaciones, y llegó á conseguir, por fin, al cabo de algunos años, una posicion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreir á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es, sin duda, un extremo vituperable;—nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto.—Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus correspensales, se despidió cortésmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increible á mis lectores; pero este hom-

bre, cuya existencia parecen várias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo—libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él;—y luégo que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luégo entre los primeros escritores del país.—Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar más y más su brillante aparicion en el orbe literario;—el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado y dijo: « *Tengo lo que me basta;* no quiero ni debo trabajar más.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon.—¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel sér aislado é indiferente?—Pues fué nada más que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Ademas, habíale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ajeno.—Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé qué hastío



producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo más que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña, sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo.—No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luégo satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir en ella.—Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad.—No paró aquí, sino que el amor, que habia traido á la mujer, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otras dos al tercero; y con ellas vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luégo los ayos y preceptores; más adelante, los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenía,* ó que sólo tenía lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre, que con un poco más de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. —Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el

porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle.—Por último, de su misma desgracia y de su triste y miserable fin dedujo él entónces y reproduzco yo aquí la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta*», que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálisis, y acaso, acaso, á su cierta é inevitable ruina.

(*Junio de* 1838.)

---

# EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino ántes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cincuenta navidades debajo del peluquin;—pero él, siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir: *Esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luégo al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien, al verle quimerista y pendenciero, profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas, y luégo vimos que todo era puro ruido y nada más. —Así que más grandecito le miramos recitar coplas y